

SAITO, KOHEI. *La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx*, Javier Mondaca (trans.), Barcelona: Bellaterra, 2022.

Hay una vieja leyenda ecologista que identifica el nombre de Karl Marx con el “prometeísmo”. Por “prometeísmo” se entiende aquí la concepción de la naturaleza como un objeto de dominio, material inagotable para los fuegos de la industria, moldeable a placer en función de los deseos despóticos de un ser humano que se habría erigido en su dueño y señor.

Seamos claros: esta acusación es grave. Si el prometeísmo es eso, mejor nos iría si no hubiera prometeístas. Sin embargo, podría replicarse que la identificación del prometeísmo con esta ciega voluntad de dominio es unilateral, y amenaza con acabar sucumbiendo al culto reaccionario a la moderación, la denuncia de la *hubris* humana y la nostalgia por un vínculo primordial con la naturaleza que nuestra arrogancia habría destruido. La comprensión prometeica de que los límites pueden ser solo limitaciones, la celebración de la infinitud de la actividad humana habitualmente asociada con “el primer santo del calendario filosófico”, no conduce necesariamente al especismo y el maltrato del “cuerpo inorgánico” de la humanidad –la naturaleza. Al contrario, podría decirse que énfasis en la auto-conciencia humana, en la regulación plenamente racional de nuestra actividad, apunta hacia todo lo contrario: la superación del ciego dominio en favor del metabolismo consciente con la naturaleza.

He aquí la palabra mágica: *metabolismo*. Aferrándose a ella y todo lo que encierra autores como John Bellamy Foster abrieron importantes brechas en la leyenda ecosocialista del “prometeísmo” de Marx; entendido aquí, claro está, como su abierto desprecio por cuestiones ecológicas.

En la exégesis de Foster y compañía el interés de Marx para pensar los desafíos ecológicos del presente quedaba de sobra demostrado: la crítica de la economía política permitiría exponer la tendencia del modo de producción capitalista a socavar “los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador” como una de sus contradicciones centrales. El énfasis marxiano en el metabolismo con la naturaleza aparecía así como una aportación científica ineludible para un mundo sumido en una catastrófica crisis ecológica. Sin embargo, por meritoria que fuera su reconstrucción y desarrollo teórico, en lo que a Marx respecta la obra de Foster y compañía no dejaba de estar fundada sobre pasajes más bien fragmentarios. La demostración de la *sistematicidad* del interés de Marx por las cuestiones ecológicas ha corrido a cargo del pensador japonés Kohei Saito.

El arma secreta de Saito no es otra que los MEGA II, la nueva y exhaustiva edición en marcha de los escritos completos de Marx y Engels. El descubrimiento de decenas de cuadernos de notas en los que Marx dejara constancia de su persistente preocupación por cuestiones como la fertilidad de la tierra,

el agotamiento del suelo, los ciclos naturales, la química agrícola en general, etc. permite a Saito arrojar nueva luz sobre su obra.

En los *Manuscritos de París* Marx habría demostrado cómo la propiedad privada, fundada sobre la separación entre los trabajadores y los medios de trabajo, da lugar a una nueva forma de metabolismo social en el que el intercambio entre los seres humanos y la naturaleza y las relaciones entre los mismos seres humanos pasan a estar mediados por *cosas*: la mercancía y el dinero. En este punto, Saito abusa de expresiones de resonancias románticas como la “unidad originaria” entre el ser humano y la tierra que el capitalismo habría desbaratado; expresiones que pueden dar lugar a la malinterpretación de una obra que, en rigor, se sitúa en las antípodas del romanticismo y la nostalgia por los vínculos sagrados que el capital habría profanado. El paso del feudalismo al capitalismo no es el paso desde la inmediatez a la mediación sino la institución de nuevas formas de mediación social, de las que Saito da cuenta eficazmente en su análisis de *El Capital*.

Es en su análisis de la relación entre las formas sociales capitalistas y su contenido material donde reside la principal aportación de Saito, permitiéndole demostrar que el énfasis casi exclusivo en la *forma* propio de mucha de la literatura marxista contemporánea peca de unilateralidad. En rigor, las formas sociales capitalistas son siempre y necesariamente formas más o menos abstractas de un cierto contenido material, y su análisis científico (esto es, el método dialéctico) debe ser capaz de exponer la unidad de ambas tanto como las tensiones inscritas en la misma. Así, Saito es capaz de dar una respuesta efectiva a, por ejemplo, la objeción, propia de la mayor parte de académicos marxistas contemporáneos, según la cual reconocer el carácter fisiológico (natural) del trabajo abstracto supone naturalizar la forma específicamente capitalista de trabajo (el trabajo abstracto como *sustancia del valor*). De acuerdo con Saito, esto es un *non sequitur*. Toda sociedad ha de organizar el trabajo social total del que dispone, las energías productivas de sus miembros, con vistas a su reproducción. Este trabajo social total puede concebirse en términos de “trabajo humano indiferenciado” o “gasto esencial de cerebro humano, de nervios, músculos, sentidos, etc.” sin que ello implique en ningún sentido naturalizar la forma específicamente capitalista del trabajo, donde el carácter privado e independiente de la producción convierte a la forma de valor en el mediador reificado que hace efectiva la unidad del trabajo social. Al nivel general, la unidad del trabajo social es siempre la unidad del trabajo en abstracto. Como bien afirma Saito, es el hecho de que bajo el modo de producción capitalista esta síntesis social se haga efectiva en la forma de valor de las mercancías lo que convierte el trabajo abstracto en la sustancia del valor (en su única sustancia posible, dicho sea de paso).

En líneas generales, la obra de Saito demuestra que la ecología es una parte integral del proyecto de la crítica de la economía política, cuyo objeto no es otro que el metabolismo social capitalista. La crítica del capital es la crítica de un modo de producción que vive en guerra con la naturaleza: Saito da sobradas pruebas de esto. Determinar en qué medida el proyecto del propio Saito se mantiene en un plano teórico o, por el contrario, consigue desplegarse como un momento de la crítica, entendida como organización consciente de la acción revolucionaria, es algo que habrá de esperar al análisis de su próximo libro, *El capital en la era del Antropoceno*.

MARIO AGUIRIANO BENÉITEZ
University of Oxford